



NORA ROBERTS

SAGA LOS MACGREGOR

Una luz en su vida

Grant Campbell había decidido alejarse del mundo y vivía totalmente aislado en un faro; hasta que una tormenta llevó a la glamourosa Genviève Grandeau hasta la puerta de su casa. Grant no era un hombre acostumbrado a compartir su vida con los demás. ¿Podría esta encantadora artista ahuyentar las sombras de su pasado y convencerle de que el futuro ofrecía una oportunidad para su amor?

Capítulo 1

Gennie supo que lo había encontrado en cuanto vio la primera casa de madera, algo desvencijada ya por el paso del tiempo. Aquel pueblo, pragmática y acertadamente llamado Windy Point, por fin satisfacía sus expectativas personales sobre lo que debía ser un pueblo de la Costa Maine. Había descubierto otros lugares a lo largo de la escarpada carretera de la costa, lugares tan pintorescos que a veces parecían una postal. Pero quizá la perfección había sido el problema.

Gennie había decidido cambiar de escenario de trabajo con la idea de explorar nuevas facetas de su talento. Hasta entonces, se había dejado arrastrar por su inclinación hacia mundos mistificados, hacia mundos de ilusión, y había tomado la decisión consciente de ceñirse a una pintura más realista, por desolada que fuera la realidad. De hecho, ya llevaba la maleta llena de sus impresiones sobre las rocas, la tierra y el mar plasmadas en lienzos y láminas, pero...

Había algo especial en Windy Point, algo más. O quizá fuera algo menos. No era aquél un lugar de una naturaleza exuberante o de suaves perfiles. Aquélla era una dura zona. No había árboles frondosos, sino abetos rugosos castigados por la dureza del clima. Y la carretera era poco más que una sucesión de baches.

El pueblo en sí mismo, aunque no estaba exactamente destartalado, tenía el aire de un lugar antiguo, con todos los achaques y dolores dejados por el paso del tiempo. La sal y el viento mostraban su huella en las casas, desgastando la pintura de fachadas y ventanas.

Gennie admiraba su funcional belleza. Allí no había edificios frívolos, excesivamente ornamentados. Cada edificio servía a su propósito: la tienda de ultramarinos, la oficina de correos, la farmacia... Las pocas casas que había a lo largo de la calle principal se caracterizaban por su inconfundible estilo Nueva Inglaterra, un estilo robusto y de grandes dimensiones. En algunas casas había flores que añadían la alegría del color a la austeridad de la madera, pero lo que no faltaba en ninguna de ellas era un pequeño huerto. Y si las petunias crecían desordenadamente, a su antojo, las zanahorias lo hacían de forma cuidada y ordenada.

A través de la ventanilla del coche, llegaba hasta ella el olor que impregnaba el pueblo: olor ha pescado.

Gennie continuó conduciendo hasta el final de la calle, paró un instante al lado de la iglesia, en cuyo patio crecía libremente la hierba y dio media vuelta. No era un pueblo muy grande y la carretera era bastante estrecha, pero ella tenía sensación de amplitud. En aquel lugar no tenía por qué encontrarse uno con su vecino a menos que pretendiera hacerlo. Complacida, Gennie se detuvo frente a la tienda de ultramarinos, imaginando que sería el centro de comunicaciones del pueblo.

En el porche de la tienda, había un hombre sentado en una vieja mecedora de madera. Ni siquiera la miró, aunque Gennie era consciente de que la había visto pasar por delante de la puerta en el coche. El hombre se mecía lentamente mientras reparaba una nasa. Tenía el rostro curtido por el mar, ojos vigilantes y manos fuertes. Gennie se prometió retratarlo exactamente como estaba. Salió del coche, tomó su bolso y tras un segundo de vacilación, caminó hacia él.

—Hola.

El hombre asintió, todavía ocupado con las tablillas de la nasa.

—¿Necesita ayuda?

—Sí —Gennie sonrió, disfrutando de la cadencia de su voz cansina—. Quizá pueda decirme dónde podría alquilar una casa para unas semanas.

El tendero continuó meciéndose mientras alzaba hacia ella su mirada clara y astuta. Ciudadina, concluyó, no sin cierto desdén. Y del sur. Inmediatamente la etiquetó como alguien procedente de las húmedas regiones que estaban por debajo de la frontera de Mason-Dixon. Era bastante guapa, por cierto, aunque su complexión morena y sus ojos claros le daban un aspecto extranjero. Pero claro, más allá de Portland, todo el mundo era extranjero.

Mientras él se mecía, Gennie esperaba pacientemente, con su espesa melena negra flotando suavemente sobre sus hombros, levantada por la brisa del mar. Los meses que había pasado en Nueva Inglaterra le habían enseñado que aunque la mayor parte de la gente era amable y honesta, generalmente se tomaban algún tiempo para demostrarlo.

No parecía una turista, pensó el tendero; le recordaba a una de esas princesas que salían en los cuentos de hadas de su nieta. La barbilla decidida y sus pómulos marcados daban cierta altivez a su rostro; pero su sonrisa y unos ojos del color del mar suavizaban aquella sensación.

—Ya no quedan muchos veraneantes por aquí —dijo al cabo de un rato—. A estas alturas ya se han ido todos.

No iba a hacerle ninguna pregunta, Gennie lo sabía. Pero cuando pretendía conseguir algo, ella sabía ser una persona abierta y comunicativa.

—Yo no me considero exactamente una veraneante, señor...

—Fairfield... Joshua Fairfield.

—Genviève Grandeau —le tendió la mano con lo que Joshua encontró una satisfactoria firmeza—. Soy pintora y me gustaría pasar algún tiempo pintando por aquí.

Una artista, reflexionó él. No era que no le gustaran los cuadros, claro, pero no sabía si podía confiar en la gente que los hacía. Dibujar era una bonita afición, pero como

trabajo... Aun así, aquella joven tenía una agradable sonrisa y parecía una mujer arrojada y despierta.

—Es posible que haya una casa a unos tres kilómetros de aquí. Eso si la viuda de Lawrence todavía no la ha vendido —la silla crujía mientras él se mecía—. Quizá quiera alquilarla una temporada.

—Suenan bien. ¿Y dónde puedo encontrar a la señora Lawrence?

—Cruzando la calle, en la oficina de correos —se mecía lentamente—. Dígame que la he enviado yo.

Gennie le dirigió una sonrisa.

—Gracias, señor Fairfield.

La oficina de correos era poco más que un mostrador y cuatro paredes; una mujer, vestida con un traje de algodón oscuro, ordenaba eficientemente el correo. E incluso tenía aspecto de ser la viuda Lawrence, pensó Gennie complacida, mientras se fijaba en el pulcro moño en el que aquella mujer se había recogido el pelo.

—Perdóneme.

La mujer se volvió y le dirigió a Gennie una rápida mirada antes de inclinarse de nuevo hacia el mostrador.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Eso espero, ¿es usted la señora Lawrence?

—Sí, soy yo.

—El señor Fairfield me ha dicho que es posible que pueda alquilarme una casa.

La señora Lawrence apretó ligeramente los labios. Aquel fue su único movimiento facial.

—La casa está en venta.

—Sí, ya me lo ha explicado —Gennie intentó sonreír otra vez. Quería estar en aquel pueblo, y le convenía aquella casa que estaba a unos tres kilómetros de allí—. Me preguntaba si estaría dispuesta a alquilarla durante unas cuantas semanas. Puedo darle referencias si quiere.

La señora Lawrence observó el rostro de Gennie con frialdad. Ella ya se estaba haciendo sus propias referencias.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Un mes, seis semanas coma mucho.

La señora Lawrence bajó la mirada hacia las manos de la joven. Llevaba una alianza de oro, pero no en el dedo indicado.

—¿Es usted soltera?

—Sí —Gennie volvió a sonreír—. No estoy casada, señora Lawrence. Llevo varios meses trabajando en Nueva Inglaterra, pintando, y me gustaría pasar algún tiempo aquí, en Windy Point.

—¿Pintando? —preguntó la viuda, tras otra larga mirada.

—Sí.

La señora Lawrence decidió que le gustaba el aspecto de Gennie. Y además, tenía que reconocerlo, no tenía sentido tener una casa vacía.

—La casa está limpia y las cañerías funcionan perfectamente. El tejado lo arreglaron hace dos años, pero la estufa tiene su propio carácter. Hay dos dormitorios, uno de ellos sin amueblar.

Y a ella le resultaba doloroso, advirtió Gennie, a pesar de que la viuda no había cambiado de tono y continuaba manteniendo la voz firme. Seguramente estaba pensando en todos los años que llevaba viviendo allí.

—No tenemos vecinos cerca, y tampoco teléfono, pero si lo desea, puede instalar usted uno.

—Me parece perfecto, señora Lawrence.

Hubo algo en el tono de Gennie que hizo que la mujer se aclarara la garganta. La joven le estaba ofreciendo compasión y comprensión sin necesidad de palabras. Al cabo de un momento, dijo la suma que cobraría en concepto de alquiler, que a Gennie le pareció menos de lo que esperaba. No vaciló y, dejándose llevar por su intuición, contestó:

—Acepto.

En el rostro de la señora Lawrence apareció la primera expresión de sorpresa:

—¿Sin verla?

—No necesito verla —sacó la chequera del bolso y firmó un cheque—. Quizá pueda decirme si voy a necesitar algo de vajilla, sábanas...

La señora Lawrence tomó el cheque y lo miró con atención.

—Genviève —musitó.

—Genviève —la corrigió Gennie, con un perfecto acento francés—, me llamaron así por mi abuela —sonrió—, y todo el mundo me llama Gennie.

Una hora más tarde, Gennie tenía las llaves de la casa en el bolso, dos cajas de provisiones en el asiento trasero y la dirección de la casa en la mano. Había sido observada en la distancia y con mal disimulado recelo por otros habitantes del pueblo y había conseguido no echarse a reír ante el ávido escrutinio de un adolescente flacucho que había entrado en la tienda cuando ella estaba mirando una vajilla de barro.

Cuando salió del pueblo, empezaba ya a oscurecer. Las nubes estaban bajas, cargadas de lluvia, y se había levantado el viento. Aquello intensificaba la sensación de aventura. Gennie conducía por la estrecha y accidentada carretera de la costa con una inquietud interior que anunciaba algo nuevo en el horizonte.

El amor por la aventura era algo que siempre la había acompañado. Su tatarabuelo había sido pirata; tenía un barco rápido y fiero y no había vacilado en tomar todo aquello que se lo antojaba. Uno de los tesoros de Gennie era su diario de navegación. Philippe Grandeau había narrado sus fechorías con una elegancia y un sentido de la ironía que su tataranieta había encontrado siempre irresistible. Y si bien había heredado fuertes dosis de pragmatismo de la en otro tiempo aristocrática familia de su madre, Gennie era suficientemente honesta consigo misma como para reconocer que habría navegado felizmente con Philippe.

Mientras el coche rebotaba por culpa de los baches, Gennie contemplaba aquel entorno tan diferente de Nueva Orleans que parecía pertenecer a otro planeta. Aquél no era lugar para días perezosos y desenfrenadas noches. En aquel mundo rocoso y azotado por el viento, había que estar constantemente alerta. Allí no se perdonaba ningún error.

Pero Gennie veía a su alrededor algo más que una tierra dura y rocosa. Veía integridad. La sentía en aquella tierra que pugnaba día a día con el mar. Sabía que era una batalla perdida, milímetro a milímetro, día tras día, siglo tras siglo, pero la tierra no renunciaba a la lucha. En medio de las sombras que anunciaban la próxima llegada de la noche, Gennie se detuvo dispuesta a plasmar algunas de sus impresiones en el papel.

A varios metros de la carretera, había una cala en la que se agitaban las olas. Mientras sacaba el cuaderno y el lápiz, llegó hasta Gennie un intenso olor a pescado y algas marinas: no le resultó desagradable, comprendía que formaba parte de la extraña atracción que durante años había arrastrado a los hombres al mar.

Las rocas suavizaban su perfil en aquella zona. Cerca de la carretera, había algunos arbustos de arándanos, preñados de los últimos frutos del verano. Se oía el viento, gimiendo y susurrando como una mujer. Todavía no veía el mar, pero podía olerlo y saborearlo en el viento.

Gennie no tenía a nadie a quien llamar, ni ningún horario que seguir. Hacía tiempo que disfrutaba de una casi total libertad, pero la soledad era algo más. La sentía allí, cerca de aquella caja azotada por el viento y de aquella carretera imposible. Y le gustaba.

Cuando volviera a Nueva Orleans, una ciudad que adoraba, y se sintiera empapada en uno de esos días húmedos que olían a río y a humanidad, recordaría que había pasado aquella hora en un lugar frío y solitario en el que ella era la única alma en varios kilómetros a la redonda.

Relajada, pero con el latido de la emoción haciendo vibrar su piel, comenzó a dibujar. Se entretuvo en reflejar más detalles de los que en principio pretendía. La falta de sonidos humanos la atraía. Sí, iba a disfrutar enormemente de Windy Point y de aquella pequeña casa.

Terminó y arrojó el cuaderno y el lápiz al coche. Si no hubiera sido prácticamente de noche, se habría quedado un rato más y habría bajado hasta el borde del agua. Pero tenía largos días por delante para pintar y hacer todo lo que aquel mes quisiera llevarle. Con una medía sonrisa, giró la llave para poner el motor en marcha.

Como no consiguió más que un triste traqueteo, volvió a intentarlo otra vez. Fue recompensada en aquella ocasión con un gemido y un sospechoso golpeteo. El coche le había dado algunos problemas en Bath, pero el mecánico de allí lo había arreglado y le había hecho una puesta a punto. Desde entonces estaba perfecto. Al pensar en aquella abrupta carretera, Gennie decidió que era fácil que las piezas que le habían ajustado hubieran vuelto a aflojarse otra vez. Con un suave juramento, salió del coche y abrió el capó.

Pero aunque hubiera tenido las herramientas adecuadas, que seguramente eran algo más que el destornillador y la linterna que guardaba en la guantera, apenas habría sabido qué hacer con ellas. Cerró el capó y miró hacia la carretera. Estaba desierta. Lo único que se oía era el aullido del viento. Era casi de noche, y calculaba que estaba a medio camino entre la casa y el pueblo. Si retrocedía, seguramente alguien del pueblo podría llevarla a la casa, pero si continuaba andando, llegaría a su nuevo hogar en poco más de un cuarto de hora. Se encogió de hombros, tomó la linterna e hizo lo que normalmente hacía: seguir hacia delante.

Tuvo que encender la linterna casi inmediatamente. La carretera era tan incómoda andando como conduciendo y tenía que tener cuidado si no quería terminar perdida o

hundida en un cráter Había tantos baches y piedras que se preguntaba si alguien usaría alguna vez aquella carretera.

La oscuridad llegó rápidamente, pero no el silencio. El viento agitaba su pelo y susurraba suavemente contra sus oídos. Veía jirones de niebla a sus pies, y esperaba que se mantuvieran allí hasta que hubiera llegado a su casa. Pero se olvidó completamente de la niebla cuando estalló furiosa la tormenta.

En otras circunstancias, a Gennie no le habría importado terminar empapada, pero incluso la sensación de aventura se ahogó en la oscuridad cuando vio un rayo rasgando el cielo. Enfadada consigo misma por aquella reacción infantil, continuó caminando, no sin dificultad y con las zapatillas de lona empapadas. Gradualmente, el enfado fue transformándose en fastidio y el fastidio en inquietud.

Un rayo iluminó un grupo de rocas, arrojando unas muy poco amistosas sombras sobre el camino. Ni siquiera una mujer con una imaginación pedestre hubiera mantenido la calma. Y Gennie se imaginaba ya rodeada de terribles elfos que sonreían amenazadores en la oscuridad. Canturreando para no dejarse llevar por el pánico, se concentró en seguir el haz de luz de su propia linterna.

Estaba empapada, se dijo a sí misma mientras se apartaba el pelo de los ojos. Pero de aquélla no iba a morir. Miró a ambos lados de la carretera. No había oscuridad como la del campo, decidió. ¿Y dónde estaría la casa? Seguramente había recorrido ya más de un kilómetro y medio. Iluminó los alrededores sin demasiado entusiasmo. Un trueno retumbó sobre su cabeza mientras la lluvia salpicaba su rostro. Sería un milagro, se dijo, encontrar una casa oscura y desierta con una triste linterna.

Era una estúpida, se regañó, abrazándose a sí misma e intentando pensar. En cuanto tenía una oportunidad, siempre hacía la misma estupidez de lanzarse hacia lo desconocido. Y sabía que seguiría haciéndolo. Al parecer, la única

opción que le quedaba era regresar al coche y esperar allí a que terminara la tormenta.

La perspectiva de pasar una noche empapada y metida en un coche, no era muy agradable, pero no podía seguir caminando en medio de la tormenta. Y además, en el coche tenía una bolsa de galletas, recordó mientras continuaba iluminando los alrededores con la linterna, por si acaso la casa estuviera por allí... Con un suspiro, dirigió una última mirada a la carretera.

Y entonces la vio. Gennie pestañeó para apartar el agua de sus ojos y miró otra vez. Una luz. Estaba segura, había visto una luz delante de ella. Una luz significaba refugio, calor, compañía. Sin vacilar, se dirigió hacia ella.

Tuvo que caminar otro kilómetro y medio por lo menos, y la tormenta empeoraba. Para evitar caerse, se obligaba a caminar lentamente y a mantener la mirada fija en el suelo. Comenzaba a tener la certeza de que no volvería a estar seca en toda su vida. Pero la luz continuaba firme frente a ella, ayudándola a resistir la tentación de mirar hacia atrás.

Oía el mar batiéndose violentamente contra las rocas. A la luz de la linterna, creyó ver la cresta de las olas, agitándose en la distancia. Hasta la lluvia olía a mar, un mar enfadado y vengativo. Pero Gennie no podía permitirse el lujo de estar asustada, aunque el corazón le fuera a mucha más velocidad que sus pasos. Si admitía que estaba asustada, cedería a la necesidad de correr y terminaría cayendo en un acantilado.

La sensación de desplazamiento era tan intensa que si no hubiera sido por aquella luz que prometía calor y seguridad, se habría sentado en la carretera, dejándose empapar.

Cuando Gennie distinguió la silueta del edificio detrás de la cortina de lluvia, estuvo a punto de reír a carcajadas. ¡Era un faro! Una de esas estructuras robustas que demostraban que el ser humano tenía algún sentido del altruismo. Aceleró el paso. En aquella casa tenía que haber alguien,

un anciano arrugado quizá, un antiguo pescador. Tendría una botella de ron y hablaría con frases cortas y sabrosas.

Cuando un rayo volvió a rasgar el cielo, Gennie decidió que ya lo adoraba.

El faro era un símbolo de seguridad para una persona perdida en medio de la tormenta. Bajo la luz del rayo, parecía sorprendentemente blanco. Gennie buscó la puerta con la mirada. La ventana iluminada estaba en el piso de arriba, el tercero, advirtió al acercarse.

A los pocos minutos, se encontró frente a una fuerte puerta de madera. Llamó con fuerza. La violencia de la tormenta pareció ceder ante el sonido de su llamada. Más cerca del pánico de lo que le habría gustado, Gennie volvió a llamar. ¿Sería posible que después de haber llegado hasta allí nadie la oyera? Tenía que haber alguien, pensó mientras volvía a llamar; un anciano silbando y tallando un barco de madera para meterlo después en una botella.

Desesperada, Gennie se inclinó contra la puerta, sentía la dureza y la humedad de la madera contra la mejilla mientras continuaba aporreándola. Cuando la puerta se abrió, perdió el equilibrio y casi inmediatamente se vio envuelta en unos fuertes brazos.

—Gracias a Dios —consiguió decir—. Temía que no me oyera —con una mano, se apartó el pelo de la cara y miró al hombre al que consideraba su salvador.

Lo primero que advirtió fue que no era un anciano. Y además no tenía una sola arruga. Era joven y delgado, pero su rostro moreno y anguloso podía haber pertenecido a un marinero, de la línea de su tatarabuelo. Tenía el pelo tan oscuro como el suyo e igualmente espeso. Y tan despeinado como si acabara de bajar de la proa de un barco. Sus labios eran llenos y desvergonzadamente sensuales y la nariz resultaba un tanto aristocrática en aquel rostro adusto. Los ojos eran profundos y oscuros... muy poco amistosos, decidió Gennie, y ni siquiera curiosos. No, simplemente, enfadados.

—¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí?

No era la bienvenida que esperaba, pero aquella caminata en medio de la tormenta la había dejado un poco atontada.

—He venido andando —le dijo.

—¿Andando? —repitió él—. ¿Con este tiempo? ¿Desde dónde?

—Desde la carretera, a unos tres kilómetros de aquí... se me ha estropeado el coche —comenzó a temblar, no sabía si por el frío o por la reacción de su interlocutor.

Todavía no la había soltado y ella todavía no se encontraba en condiciones de pedírselo.

—¿Y qué hacía conduciendo por aquí en una noche como ésta?

—Yo... le he alquilado la casa a la señora Lawrence.

El coche se me ha estropeado y debo haberme confundido de camino. He visto la luz del faro y... —tomó aire y advirtió de pronto que le temblaban las piernas—. ¿Puedo sentarme?

Él se la quedó mirando durante cerca de un minuto, después, con algo parecido a un gruñido, la hizo pasar adentro y señaló un sofá. Gennie se dejó caer sobre él, echó la cabeza hacia atrás y se concentró en tranquilizarse.

¿Y qué demonios se suponía que iba a hacer con ella?, se preguntó Grant. La miró con el ceño fruncido. En ese momento, parecía que iba a desplomarse al menor golpe de viento. Tenía el pelo pegado a la cabeza, ligeramente rizado y oscuro como la noche. Su rostro no era fino ni delicado, pero poseía una belleza casi medieval: huesos largos y facciones afiladas. Parecía el rostro de una princesa celta o gala, con un cuerpo pequeño y atlético que podía distinguir perfectamente a través de su ropa empapada.

Grant pensó que, en otras circunstancias, tanto su rostro como su cuerpo le habrían parecido atractivos, pero los que realmente lo impactaron fueron sus ojos. Verde mar, enormes, y ligeramente rasgados. Los ojos de una sirena,

se dijo. Durante una décima de segundo, o quizá una centésima, Grant se llegó a preguntar si se trataría de alguna criatura mítica que había sido arrojada a tierra por la tormenta.

Tenía una voz suave en la que reconoció un marcado acento del sur, que hacía que su lengua pareciera casi extranjera al lado de la cadencia costeña a la que él se había acostumbrado. Grant no era un hombre al que le agradara encontrarse una florecilla de invernadero en la puerta de su casa. Cuando la joven abrió los ojos y le sonrió, deseó fervientemente no haberle abierto la puerta.

—Lo siento —comenzó a decir Gennie—, no he dicho nada coherente desde que he llegado, ¿verdad? Supongo que no llevo más de una hora andando, pero tengo la sensación de que han sido días. Me llamo Gennie.

Grant se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y volvió a fruncir el ceño.

—Campbell, Grant Campbell.

Como continuaba con el ceño fruncido, Gennie hizo un nuevo esfuerzo por arreglar la situación.

—Señor Campbell, no sabe el alivio que ha supuesto para mí ver la luz del faro.

Grant se quedó mirándola fijamente, pensando que su rostro le resultaba familiar.

—El desvío hacia casa de la señora Lawrence está a más de un kilómetro de aquí.

Gennie levantó una ceja ante su tono de voz. ¿Prendería que saliera y estuviera dando tumbos hasta encontrarlo? Ella se enorgullecía de tener un carácter bastante templado para ser una artista, pero estaba empapada, helada y la hostilidad de Grant, reflejada en su ceño fruncido, era lo último que necesitaba.

—Mire, le pagaré a cambio de una taza de café y de poder usar esto —golpeó suavemente el sofá y se levantó una nube de polvo—, durante una noche.

—Yo no tengo inquilinos.